

JUAN RIVANO, *Diarios del exilio y del retorno*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2020, 524 pp.

Al recorrer estas páginas, apenas logro reconocer al joven profesor de *Lógica* y ayudante de Felix Schwartzmann en la cátedra de *Filosofía de las ciencias*, que conocí como estudiante en el antiguo Instituto Pedagógico; y no solo porque en este *Diario* “se trata de algo menos filosófico o, como se dice también, más terrenal”, sino porque aquí aparece un Juan Rivano con el mismo acerado rigor intelectual de entonces, pero más intuitivo, más de carne y hueso, y con un humor que refresca la lectura de estas quinientas y tantas páginas. Desde la primera frase, este relato se inunda con esa variante de la “ciencia jovial”, que no le conocíamos al profesor. “Los primeros atisbos serios de mi no-existencia comenzaron con esa cajera del supermercado de nuestro barrio en Lund. Una muchacha alta, refinada, de rubia cabellera, de estrecho busto, derecha en su asiento, entera en su tarea”, que él frecuentó a diario y con la que “no recuerda haber intercambiado una frase en todos estos años”.

Surge además, al recorrer estas páginas, inevitablemente, la pregunta: ¿cómo pudo caer en la maquinaria represiva de la dictadura este destacado académico, abiertamente crítico del gobierno de la Unidad Popular, sin militancia partidaria conocida, que estimaba impracticables las ideas de Marx y descartaba por inválidas sus predicciones históricas? ¿Qué diablos alberga en sus entrañas un país que destierra a sus escasos filósofos, en este caso, un estudioso de hegelianos británicos como Bradley y Joachim? “Ni por el alma se me pasa que estoy en Chile. Parece que estuviera en el limbo”. (¡Y qué cerca anduvo de caer en el infierno!)

No estaba en un limbo sino de vuelta en la penumbra, como el prisionero de la caverna platónica, que trae su lucidez a la gruta subterránea, después de haberse liberado de sus cadenas y haber contemplado a plena luz el mundo. En este caso, un mundo en el que la mayor parte de las cosas funciona y un cuidado espontáneo de las confianzas mutuas, una llana civilidad, facilita mucho la convivencia. La penumbra se llama incuria, pereza, incompetencia. Dicho así, suena demasiado abstracto, pero en estas páginas, las flaquezas van apareciendo encarnadas en manifestaciones triviales, pero también en la traición.

Gastón (Gómez Lasa) me refiere algo que me parte el corazón. Sabina y Sara en tiempos de mi arresto, fueron informadas con días de anticipación de la orden de mi arresto. ¿Se lo dijeron antes? Él me dice que después. O sea, sabían pero no me avisaron. ¡Tal como suena! ¿La vida de los míos en poder de estas dos mujeres? ¿O estoy exagerando? El hecho es que no me avisaron y yo fui arrestado siendo que pude refugiarme. Todo hubiera cambiado. Gastón no vacila en dejar la

culpa en estas dos mujeres que me conocían. ¿Qué pensar? ¿Este es el país al que quiero volver? ¿Estos son mis amigos? ¿En qué traiciones me habrán enredado?

¿Tenía enemigos Rivano? Por lo menos, se hizo de enemistades. Hay gente que no quiere saber de crudezas y él, en cambio, no toleraba las medias tintas, que suelen hacer más llevadera la vida en común. Pero no hay enemistad chica y cualquier aversión o rivalidad se vuelve peligrosa, sobre todo pintada del color ideológico que corresponda a la ocasión. La cautela y la palabra política correcta no iban con él. Veamos otro ejemplo, en las antípodas:

Durante mis largos años de exilio no he encontrado entre mis compatriotas uno solo que no subestimara a Pinochet. Si hay un enemigo chico en este mundo, ese es Pinochet. Una partícula de reconocimiento en favor del dictador levantaba tal griterío, tal repudio cerrado, que era preferible estar con la lengua mordida.

¡Cuidadito con las palabras! ¿Cuánto durará la Dictadura? “Unos dicen ‘dos o tres meses’. ‘No, yo diría un año’. ‘No, yo diría dos, quizá tres’. Recuerdo a Mario Planet: ¡Ustedes no tienen idea! ¡Por lo menos veinte años!”. Como todos, vivían en la nube de irrealidad que cubrió Chile en esos años de mitomanía eufórica. Más adelante:

Pinochet es un militar enamorado de Chile, sus tradiciones, su historia guerrera. Y hábil político. El error por años y años ha sido no advertir que el hombre es inteligente y que le queda grande al país... ¿No se dan cuenta de la inteligencia que supone diseñar una transición de más de veinte años para todo el país y no solo diseñada sino realizada con éxito? ¡Hay que tener paciencia!

¿Cuál fue el motivo del exilio de Rivano? Lo que él cuenta de esas dos mujeres que sabían de la orden de detención, nada dice sobre la causa o el pretexto invocado en la orden. ¿Por qué este silencio? ¿Es deliberado o resulta de una experiencia demasiado dolorosa? Ser exilado por una dictadura que derrocó al gobierno que uno rechaza... ¡Hay que tener paciencia!

Juan Rivano tiene un tercer ojo que le permite escanear el hueso en la obra de Kierkegaard, de Sartre o de Marx, y enseguida pasar, sin solución de continuidad, a contarnos los padecimientos que le provoca el sangramiento de una reciente intervención quirúrgica: es penoso trabajar así, nos explica. O hacer un comentario punzante y jocoso de algún libro que está leyendo –más de uno, por lo general–, enseguida, agregar un elogio entusiasta de *Jotabeche* (Julio Valdés Cange), el célebre crítico costumbrista, y luego informarnos de sus propios libros. A propósito de una de estas confidencias, me entero que él publicó en 1979, *The Technological Argument*, un libro que, lamentablemente, no está disponible. Esta obra se suma a la de otros autores que han explorado, en nuestro medio, el tema de la técnica, sea a partir de Heidegger (*Die Frage nach der Technik*, 1962), o bien desde otras perspectivas; por ejemplo, la cuestión del cambio tecnológico.

El joven Rivano, recordemos, había publicado un libro titulado *Entre Hegel y Marx*. Me puedo equivocar, pero un libro sobre el “argumento” tecnológico, no puede obviar una puesta en jaque o una crítica del hegelianismo. Una nueva tecnología, la digitalización, por ejemplo, representa un salto en la productividad –en el “desarrollo de las fuerzas productivas”, diría Marx–, no explicitado en el concepto de *modo de producción*. Los “factores productivos” –tierra, trabajo y capital–, no incluyen la técnica, que se presume relativamente estable. Si no es así, el capital no estaría sujeto a la “ley de rendimientos decrecientes”, como suponían los clásicos. Tampoco habría la *necesidad histórica* (Hegel), y el determinismo económico del marxismo corriente se va al tacho. El logos de la tecno-logía no es, él mismo, algo “técnico”.

“Cuando llegué a Chile, me impresionó sobre todo la militarización del país; y también la influencia social del sistema económico. Aquí hay, en primer lugar, *Chicago boys* y militares. Esos grupos son los que están creando el nuevo Chile”. El autor celebra a Alberto Edwards su temprana percepción del “derrumbe de una estructura social y la necesidad de crear las instituciones correspondientes”.

Y, seguidamente:

Yo no veo un pueblo definible en términos de lucha de clases –proletariado, burguesía–, en este Chile de hoy. Mejor me parece el enfoque de este hombre: con él se ofrece una apreciación muy articulada sobre lo que está ocurriendo en Chile actualmente: clase media, proletariado, oligarquía, Ejército. Sobre todo Ejército.

Aún no asumía Aylwin la presidencia y corría un 21 de mayo (1989), es cierto. De todos modos, no puede esperar el lector hallar en este *Diario*, una visión solo edificante del país. El choque era inevitable, y lo que encontró Juan Rivano en su retorno –que resultó ser un regreso para nunca más volver–, tenía que azuzar el rigor de su mirada escrutadora y provocadora. Necesaria, por lo demás. Por eso la aparición de este libro era indispensable, y es otro acierto –que celebramos y agradecemos–, de las ediciones de la Universidad Diego Portales, haberlo publicado.

Marcos García de la Huerta

Universidad de Chile

marcos.garciadelahuerta@gmail.com

